



Clarividencias del navegante Chelle Gallardo Vera

por Onofre Bórquez Barria

Segu en el ámbito del cuento nuevo, lo viejo y valioso de un hombre amigo que navegó jugando por mares y continentes en el mediodía de su existencia, para morir patriarca en el modesto caserío de Vilupulli y también pequeña calea, engarrrados en la isla grande de Chilo.

En efecto, esta aldea situada cerca de Chonchi, propio riñón de la isla grande, fue la cuna de Chelle Gallardo Vera, a mediados del siglo pasado. Los habitantes del sector conversábamos con él a instancia de nuestros padres y abuelos consultándole del tiempo y también acerca de remedios y en todo recibíamos afable acogida y satisfacción. Así abríase con frecuencia la puerta de la casa de este varón servicial y clarividente por autonomía. Además, sus distinguidos modales, su atuendo y particularmente su conversación amena. Sus reflexiones de mar y tierra, además inmensamente fueron amoldándose en todos, por lo que las puertas de las 25 viviendas de Vilupulli, abríanse de par en par, ante la proximidad fortuita de don Chelle. Hurta decir que entonces, eran preferentemente nuestros ancestros, los que hacían ruda alrededor; y, al acomodarse la mesa, el anciano ocupaba sitio preferente. Tal cobertura sicofónica -diríase- retrataba en pleno el virtuosismo del anciano, que entonces, comenzaba a atizar el fuego del ingenio, desplegando velamen mayor, de edifica enjundia. Ciertamente y sin redundancias, tantos dones, atavíos y singlauras, hacían invariablemente de don Chelle, un decado de perfección, de múltiple factura. La verdad es que tal conducta en tal comunidad se tornó en enlace de voluntades y conciencias, en núcleo de acción, en media trascendente de laboriosidad, puesta de manifiesto de los más y mejores lugares, por su evidencia y caudal.

Por caso, don Chelle invitado por los directores de las escuelas básicas de mujeres y de hombres, premunido de un violín, dirigía coros y tarareos, "idos" y "solos" de la audiencia heterogénea como la que más, por precursores -o decir- promesas- en proceso de madurez, hacía el título de "truenos". Con razón poblábase de escencias y élixires la atmósfera del aula escolar, aún hoy día en pie, pero herida de muerte, por los avatares del tiempo!

Me parece oír a don Chelle cuando decía: «Seguimos cantando jóvenes? Si, contrastáramos todos anhelantes y volvíamos a la acción hasta el hartazgo colonial. (Tiemposidos por la carrera del empujón).

Con este hacer magistral, evidentemente don Chelle mostrábase simultáneo fulgurante e instantáneo. De hecho formaba la trama de tan humildes existencias, alegrándolas.

A poco andar, él vio que era bueno ampliar la esfera de acción social con otras disciplinas y diciendo y haciendo, con ojo zahori, habló del atletismo y por ende de Manuel Plaza, Potrerillo Salinas, Luis Alarcón y otros célebres del mencionado deporte. Por resultado, se vio en Vilupulli que hombres, mujeres y niños, cretáncse emúlos del héroe epónimo de la Maratón mínima de la acreditada Grecia, con su estructura genital, flor y naca; alfa y omega.

Se ha dicho que el hombre universal piensa fundamentalmente en valores de tal naturaleza y bajo este alero don Chelle -varón tal-, prosiguió con ritmo y armonía su andar nócrono. Se hizo gimnasia, fútbol, boga, natación, instrumentación musical. Y hasta se rezó en el templo de Vilupulli, que se distingue por traer un gallo en su inere, bromeando así al vómboma de la vigilancia escotérica, acunada por los clásicos.

Don Chelle en Vilupulli se nos presenta con el carisma de vigilante laborioso de una comunidad sana y hasta virtuosa, moral e idealista. Por todo, fundió su espíritu en el medio ambiente del lugar y hizo el milagro de la fusión, con música y todo. ¡Vio que esto era bueno! Para todo ser humano inteligente y bueno, la comunidad suele ser axiomáticamente; origen, medio ambiente, atmósfera social y trabajo con fraternidad, con luminosidad propia y hasta exuberancia suprema.

Para aumentar ostensiblemente el bien común en el caserío de Vilupulli, don Chelle apartó el tramo de su abalga dura, porque su conciencia se lo expropiaba a requerir. Fue así que su esfuerzo y denuesto multiplicáronse y el sello del auge de la dinámica lugareña rebasó todos los cálculos de este geometría social y de los mimes vecinos beneficiados con el auge de Vilupulli, y en su consiguiente culturización. Instrumentando las formas de asociación de culto objetivo, su demanda de realismo equitativo y hasta cooperativo, si se quiere, en la fase de avance arrollador que correspondía, habrían de seguir a la cima sus huellas.

Siendo objeto don Chelle racionalmente de la admiración y el agradecimiento de esta granada gente que culminó de atenciones múltiples, él jamás cambió su sencillez de hombre educado y navegante íntegro, que prefirió para el ocaso de la tercera edad, su tierra natal Vilupulli, para levantarla desde sus cimientos, haciendo con filosofía y a medida, todas las cosas ponderables: laborista de simetría singular a la postre, siendo la misma absolutamente determinante, en la consolidación de núcleos sociales abigarrados. Tras esto tan articulado como substancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, lugar propicio, tiempo adecuado emergente y hábiles de creación plural. Esta suma ideal NO es

superflua, sino que eslabones de aurea cadena del éxito, máxime cuando nítase de satisfacer a una comunidad, tributando al bienestar, como hizo don Chelle, en períodos generacionales de las huérfas ciudadanas de Vilupulli. ¡Y otra vez más, se vio que lo creado... era bueno! Era un iniciado cabal!

Aquellos que en Vilupulli nos crecimos a la vera de un hombre recto con luminosidad propia, palpamos los signos reveladores de una prosapia limpia, empetrada cívicamente, en la heredad de una comunidad; y, a la vez, la negación de los contradictorios, que confunden al gravitar cómicamente en la esfera de los pueblos. Don Chelle nos dejó muchas cosas útiles e impercederas, como la personalidad para transcurrir en experiencias, muchos elementos de su ordenación y encuadre virtuosos y por ende ejemplares. Obrar de otro modo, es desidia y negación infames; es nihilismo criminal y manifiesta: inconsecuencia social, para

quienes han sido adalides de cruzadas de bien público. Y tal quiebre NO es de bien nacidos.

Está visto que la filosofía de acción implantada en su ardua labor, por don Chelle, fue típico producto de su talento en base a prolífica selección de caracteres y elementos, acorde también a su criterio cosmopolita y a la probeta de su laboratorio local en Vilupulli, cuna de seres humanos homogéneos. También contribuyó el medio natural con ecología ontológica vertebrada por montañas, floresta y valles fértiles, en que bien podría anidar el ruiseñor y sus melodías. Como que todo se dio para que la gente de la comarca, primorosamente mejorara su pasar y su yantar, a la vez que se desarrollara culturalmente, siendo la juventud al centro del país, a recibir educación terciaria de variada naturaleza, que entregaron por doquier, con lustre y fervor de cruzados. El entronque y la estructura espiritual nacidos, como también el auge económico, completaron el marco de bienestar y auge anual celeste en sego socioeconómico inaugural.

A todo este bullir de hombres, mujeres y niños bien vestidos y calzados, entre los que me contaba, coetáneo- habla contribuido don Chelle y seguita haciéndolo con muchos bríos. Por eso mismo, al pasar ya al estado de reflexión y concatanamiento, al repliegue estético, cuanto agradezco a este gentil hombre navegante, su maestría ejemplar, su palabra encendida, sus enseñanzas de navegación contra, sus estímulos natatorios, y, su fuerza dialéctica para enfocar los problemas de la comunidad escolar y de la adultía.

Párrafo aparte merecen los relatos que don Chelle nos hizo, una y otra vez, de los viajes por mar con desvío a Centroamérica, llevando en convoy lanchones muy bien labrados y de suyo apetecidos en esas latitudes, en facias y viajes de cabotaje, de esos países y, para los mismos, debidamente matriculados.

Pero el hombre está señalado por mayordías penitentes, que en la tierra es sólo un peregrino y que el tiempo porfiado y tracionero lo tumba en algún recodo del itinerario, o lo sepulta en el mar bravío, o lo hace ceniza prematuramente. ¡NO en vano dicen reiteradamente, que la vida tiene extradas fronteras! Un día 20 de agosto de 1945, tras corta agonía, don Chelle murió; y con él, un maestro ejemplar se fue por el tabular del Más Allá. [Todo en Vilupulli lloramos como a un padre, un hermano y su amigo! Cuando he visitado su tumba en el pequeño pero evocador cementerio de Vilupulli, en la penumbra sacra, he dicho para mis adentros: "Sub aurea aeternitatis" (Bajo el aurea de la eternidad) simplemente somos polvo.



AUTOR: Onofre Bórquez Barria, nació en Punta Arenas en 1916, sus estudios primarios los realizó en Vilupulli, comuna de Chonchi (Chilo). Efectuó las humanidades en colegios franciscanos. Completó sus estudios para sacerdote franciscano en Santiago, Buenos Aires y Barcelona. Ha viajado por la orden por Argentina, Uruguay, México, Panamá, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay.

Numerosos son los galardones literarios que ha recibido, destacando en 1938 el premio "Universidad de Montevideo", Premio "Zig-Zag" y en el año 1977 obtuvo una distinción en el certamen "Pensamiento". Actualmente es Director Técnico de la Revista Aquilone de la Sociedad de Escritores de Magallanes. Tratase de un distinguido orador.

Clarividencias del navegante Chelle Gallardo Vera [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Clarivencias del navegante Chelle Gallardo Vera [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile